

mos se aceptó al fin como la mas arreglada al deber de los leales y buenos vasallos, y las tropas se dispusieron á volver. Entonces Moquihuix, rey de Tlatelolco, que habia sido de los que con mas calor habian manifestado que retroceder equivaldria á echar sobre la nobleza la infamante nota de cobardía, exclamó colocándose al frente de sus vasallos: «Vuelvan la espalda al enemigo los que carezcan de ánimo para combatir y arrostrar el peligro: yo, que amo mas la honra que la vida, avanzaré con mis tlatelolcos sobre los contrarios, y alcanzaré el honor de la victoria.» Aquellas palabras, y la heroica resolución del rey Moquihuix, inflamaron el corazon de todos los generales y de la nobleza, los cuales á una voz exclamaron: «Marchemos al combate.»

Los cotasteses, los tlaxcaltecas, los choluleses y los huexotzingos, esperaron reunidos, la llegada de sus contrarios.

El ejército mejicano, unido al de sus aliados, se dejó al fin ver en Cotasta, y la accion que se dió fué sangrienta. Dudosa estuvo, por mucho tiempo, la victoria; pero al fin se decidió por los mejicanos. Los cotasteses y sus confederados fueron completamente destrozados, y dejaron en poder de sus vencedores seis mil doscientos prisioneros. La provincia de Cotasta, temiendo la destruccion de sus pueblos, juró obediencia al rey de Méjico, quedando desde entonces sujeta á la corona mejicana.

La victoria se debió, en gran parte, al arrojo y buenas disposiciones dictadas por el rey Moquihuix.

Los vencedores volvieron á Méjico llenos de abundantes y ricos despojos, dejando en Cotasta una guarnicion mejicana que mantuviese á los cotasteses en la obediencia, y

llevando, en medio de sus filas, á los seis mil doscientos prisioneros que el rey mandó que estuviesen bien tratados, á fin de que disfrutasen de buena salud el dia en que se celebrase la dedicacion de un templo llamado Coaxicalco, en cuya fiesta debian ser sacrificados.

Mientras los desgraciados prisioneros eran colocados en sus jaulas para engordar y presentarse robustos al sacrificio, los ídolos que se habian capturado en las ciudades conquistadas, se encarcelaban tambien en la espaciosa prision de las divinidades enemigas.

Pronto se terminó el templo Coaxicalco, construido para guardar los huesos de las víctimas.

Los preparativos para el estreno, se hicieron con la mayor minuciosidad, y los prisioneros destinados para ofrecer al dios *Huitzilopochtli*, fueron sacrificados en la dedicación del *teocalli*.

Aunque Moctezuma miró con disgusto la desobediencia á sus órdenes, la olvidó al ver los buenos resultados de la campaña; y posponiendo su amor propio al cariño de la patria, premió generosamente á todos los que se habian distinguido en servicio de ella. Al rey de Tlatelolco, cuya autorizada voz decidió á toda la grandeza á seguir sin retroceder en la marcha emprendida, le dió en gratitud, por mujer, á una hermosa prima suya, hermana de los tres príncipes de que hice mencion al hablar de los altos personajes que se habian puesto al frente del ejército mejicano.

Queriendo Moctezuma castigar de alguna manera á la república de Tlaxcala, por el favor que constantemente prestaba á los enemigos de Méjico, prohibió que ninguna pro-

Moctezuma  
prohibe todo  
comercio  
con los  
tlaxcaltecas.

vincia de las á él sometidas, tuviese comercio con los tlaxcaltecas. Carecian éstos de sal y de otras cosas muy precisas, y se propuso hacerles padecer, ya que eran demasiado fuertes para llevarles la guerra. Los tlaxcaltecas movieron todos los resortes para conseguir de pueblos lejanos la sal que necesitaban; pero temiendo aquellos á quienes se dirigian, atraerse el enojo de Moctezuma, observaban exactamente la disposicion dada por éste, y los tlaxcaltecas se vieron desde entonces precisados á tomar sus alimentos sin sal. La prohibicion de que se mantuviese comercio con Tlaxcala, encendió mas y mas el odio de los tlaxcaltecas contra los mejicanos; odio que existió vivo hasta la conquista de Méjico por los españoles.

No bastaron todas las victorias hasta entonces alcanzadas por Moctezuma, ni el engrandecimiento que las continuadas conquistas dieron á Méjico, á contener el espíritu de independencia de algunos pueblos que habian sido sujetos á la corona de Méjico. Entre esos pueblos se contaban los habitantes de Chalco, siempre dispuestos á empuñar las armas para romper el yugo que les oprimia. Con la mira de sustraerse al dominio del monarca de Méjico, hicieron prisionero al señor de Ehecatepee, hermano del mismo Moctezuma, y á varios mejicanos nobles que se hallaban á su lado. El pensamiento concebido por los chalqueses fué proclamar rey de Chalco al ilustre prisionero que tenian, no dudando que, con su admision, se aseguraba el respeto de Moctezuma hácia el territorio gobernado por su hermano, y hacer que Chalco, libre de todo tributo, llegase á ponerse al nivel de la ya potente ciudad de Méjico.

Los chalqueños hallaban á su lado. El pensamiento concebido invitan á un hermano de Moctezuma á que sea rey de ellos.

El invitado hermano de Moctezuma, se negó por mucho tiempo á admitir el honroso puesto con que se le invitaba; pero temiendo que su negativa le atrajese el odio y la venganza de los que le ofrecian la corona, admitió la suprema dignidad, manifestando que, con el fin de que al acto se le diese toda la solemnidad que merecia, se colocase en medio de la plaza un árbol de gigantesca altura hecho de madera, adornado de un tablado, en donde se presentaría para hablar á sus nuevos vasallos y ser visto de todos ellos.

Los chalqueses, contentos de la admision, se apresuraron á satisfacer los deseos del electo monarca, y todo se encontró terminado en un espacio cortisimo de tiempo.

El personaje invitado á ceñirse la corona de Chalco, dejó á los mejicanos que le acompañaban, al pié del árbol, y en seguida subió al tablado, llevando en la mano un ramo de flores.

La multitud llenaba todos los ámbitos de la plaza, ávida de ver y de escuchar al hombre á quien habia brindado con el cetro. El favorecido hermano de Moctezuma tendió la vista desde la dominante altura sobre el inmenso pueblo, y dirigiéndose luego hácia los mejicanos que se hallaban al pié del árbol, exclamó con acento varonil y fuerte: «Mejicanos, los chalqueses me han invitado á que acepte la corona de su nacion; pero yo no puedo admitirla. Nuestros dioses me libren del menor pensamiento de traicion á la patria; y ellos me inspiran la resolucion del sacrificio de mi vida, para que con mi ejemplo aprendais á tener en mas la honra y el deber, que la existencia.»

Terminada esta breve alocucion, el invitado á ser rey

Heróica de Chalco, se arrojó de la inmensa altura  
 resolución del en que se hallaba, y poco despues yacía sin  
 hermano vida, tendido al pié del árbol.  
 de Moctezuma.

Los chalqueses, indignados, se arrojaron sobre los mejicanos indefensos que allí estaban, y á todos les mataron con las puntas de sus lanzas.

Terminada la matanza y calmada la sed de sangre, la reflexion ocupó el lugar de las ideas vengativas, y ella les hizo pensar en que el acto que acababan de cometer, lo procuraria vengar el monarca de Méjico. Preocupados con este pensamiento, y dados como eran á la supersticion, al escuchar á la siguiente noche el canto melancólico de una ave nocturna, creyeron oír en aquel canto el triste presagio de su próxima ruina.

Los hechos vinieron á arraigar mas y mas en ellos la supersticion, y hacerles ver como realidad las predicciones de los agüeros.

Moctezuma, irritado por la muerte dada á sus vasallos, y apenado por el fin trágico de su hermano, declaró inmediatamente la guerra á los chalqueses, mandó encender, como señal de exterminio contra los enemigos, las hogueras en la cima de los montes, y al frente de un numeroso y aguerrido ejército, se dirigió á vengar las ofensas recibidas. Los chalqueses resistieron un poco; pero fueron deshechos completamente, y el ejército mejicano recorrió toda la provincia, llevando el exterminio y la ruina á su paso. El incendio, la muerte, la desolacion, era el cuadro que presentaba el territorio entero. La ciudad de Chalco fué entregada á saco; la provincia quedó casi despoblada; y los pocos que lograron salvarse huyendo á los montes y

ocultándose en las cavernas, se refugiaron en Huexotzingo y en Atlixco, donde fueron acogidos con benevolencia.

Pasado el furor de la venganza, Moctezuma, movido á compasion por la suerte de los desventurados prófugos, la mayor parte ancianos, niños y mujeres, publicó un indulto general, ofreciendo no hacer mal á ninguno, y asegurándoles que podian volver á sus hogares donde serian respetados. Muchos volvieron tranquilizados por la real promesa y fueron distribuidos en Tlalmanalco, Amecameca y otros pueblos; pero no faltaron algunos que, por despecho, ó por no querer sufrir el dominio de sus vencedores, prefirieron morir de hambre en las montañas.

Moctezuma despues de dividir entre los capitanes que mas se habian distinguido en la guerra, una gran parte de la provincia de Chalco, se volvió á Méjico, llevando un crecido número de prisioneros y considerables despojos de los vencidos.

A la anterior campaña siguió, poco despues, otra no menos favorable para las armas del rey de Méjico, en la cual sus tropas conquistaron las ciudades de Tamazollan, Piaztlan, Xilotepec, Acatlan y otros muchos pueblos.

La fortuna empeñada en conducir al pueblo mejicano de ventura en ventura y de conquista en conquista, le hizo extender su mando á territorios distantes y ricos, que le proveian de cuanto al gusto y al regalo produce la naturaleza. El poder de Moctezuma se extendia dominante y respetado, por Levante, hasta el golfo de Méjico; por Sudeste, hasta el bello y vasto país de los mixtecas; por Mediodía mucho mas allá de la rica provincia de Chilapan; por Sudoeste, hasta el centro del territorio de los oto-

mites, y por el Norte hasta dar fin al pintoresco y grandioso valle de Méjico.

En el trascurso de cuarenta años que llevaba Méjico de haber salido de la dependencia de los reyes tepanecas vencidos por Itzcoatl, digno antecesor de Moctezuma en el trono, su faz habia cambiado de una manera que hacia imposible conocer el presente por el pasado.

Moctezuma, no menos atento á los progresos de la agricultura, de las artes, de las ciencias y del embellecimiento de la ciudad que á los de la guerra, habia fomentado todos los ramos útiles, y el país presentaba, por todas partes, el risueño aspecto que imprimen en los pueblos la abundancia y la gloria. Celoso de la buena administracion de justicia, adoptó muchas de las sabias leyes dadas por Nezahualcoyotl. Amante de su religion, edificó un gran templo á la sanguinaria deidad de la guerra, instituyó muchos ritos, aumentó el número de sacerdotes, les repartió tierras de las conquistadas para sostener con brillantez el culto, dió creces al esplendor de su corte, y llegó á introducir en ella un fastuoso ceremonial desconocido de sus antepasados.

Despues de haber trabajado con empeño y fortuna por el engrandecimiento de su nacion, Moctezuma cayó gravemente enfermo. Pronto comprendió que el término de sus dias estaba muy próximo, y conservando hasta el postrer instante el deseo del bien de la patria, convocó á todos los principales personajes de su reino, al sitio en que estaba postrado. Reunidos allí para escuchar á su rey, Moctezuma pidió á los cuatro electores nombrados por la nobleza, que eligiesen por rey al príncipe Axayacatl, en quien juzgaba concurrían todas las prendas que deben

adornar al hombre encargado de regir las riendas del Estado. En aquella peticion de Moctezuma recomendando la eleccion del príncipe Axayacatl, no habia un sentimiento de preferencia de simple afecto hácia determinada persona, sino el sentimiento santo del bien de la patria. Axayacatl se habia distinguido en los campos de batalla, y á la entonces indispensable cualidad del valor, reunia las de las demás virtudes que deben adornar el alma de un príncipe. Primo de Moctezuma y nieto del primer rey Acamapictzin, las simpatías de los electores estaban de su parte, y por lo mismo, la peticion de Moctezuma fué tomada en consideracion.

1464. Muerte del rey Moctezuma. Pocos dias despues de la reunion que acabo de referir, Moctezuma expiró, en 1464, dejando entre sus vasallos los recuerdos mas gratos de gloria y de justicia. Su reinado, que duró veintiocho años y algunos meses, fué verdaderamente de engrandecimiento para su patria. La sobriedad, la prudencia y las buenas costumbres distinguieron siempre al valiente monarca mejicano. Amante del buen orden, castigó siempre con severidad el degradante vicio de la embriaguez que rebaja al hombre en su dignidad y le hace despreciable á la vista de todo el mundo. Sus exequias se celebraron con un aparato y pompa desconocidos hasta entonces. La magnificencia de ellas se encontró, como era preciso, en relacion con el brillo de la corte y el poder y grandeza á que habia llegado la nacion.